

Diego Ruiz Pérez y Elena San José

“La escritura en Mesoamérica”

p. 34-53

Epigrafía maya

Iniciación a su estudio

María Elena Vega Villalobos (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2024

152 p.

Figuras y mapas

(Históricas Comunicación Pública 16, Introducciones)

ISBN 978-607-30-9062-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de marzo de 2025

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/835/epigrafia-maya.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



II

La escritura en Mesoamérica

En Mesoamérica, la escritura fue creada por la cultura olmeca durante el primer milenio antes de Cristo, posiblemente desarrolló los signos de escritura a partir de la iconografía.²¹ Se trata de un sistema todavía indescifrado puesto que se desconoce la lengua registrada, aunque probablemente se trata de una lengua mixe-zoqueana.²² Asimismo, el corpus de inscripciones recopilado es muy escaso, lo que dificulta el proceso de desciframiento.

El vestigio más antiguo de esa escritura está registrado en el Monumento 3 de Ojo de Agua, Mazatlán, Chiapas, fechado alrededor del año 1000 a. C. (véase figura 18). Se trata de una estela con un personaje de pie orientado hacia la izquierda, junto con una serie de signos jeroglíficos a la derecha identificados como rayos y el dios del maíz olmeca, que podrían referir al nombre del individuo representado.²³

La escritura se difundió a partir de la región del golfo de México, fue acogida por otros grupos mesoamericanos y ajustada a las peculiaridades fonéticas y gramaticales de sus respectivas lenguas. Hasta el momento, se han encontrado registros de cerca de veinte escrituras mesoamericanas: la olmeca, la istmeña, la maya, la zapoteca, la ñuiñe, la mixteca, la teotihuacana, las de Tula, Cacaxtla y Xochicalco, la náhuatl, la de Cotzumalhuapa, la de la costa del Pacífico de Guatemala, y los sistemas de la costa del Golfo, entre otras. En la actualidad, de todas ellas, tan solo se han podido descifrar dos: las escrituras maya y náhuatl.

De acuerdo con el estilo de las grafías, todos los sistemas mesoamericanos pueden clasificarse como escrituras de tipo jeroglífico, dado que sus signos son altamente icónicos. Entre los jeroglifos pueden reconocerse elementos del mundo físico o cultural, además de animales, aves, insectos y reptiles, partes del cuerpo del ser humano, así como representaciones de determinadas acciones, entre otros. Su carácter icónico explica por qué los signos escriturarios a menudo se encuentran fusionados con las imágenes figurativas que suelen acompañar, de manera que la

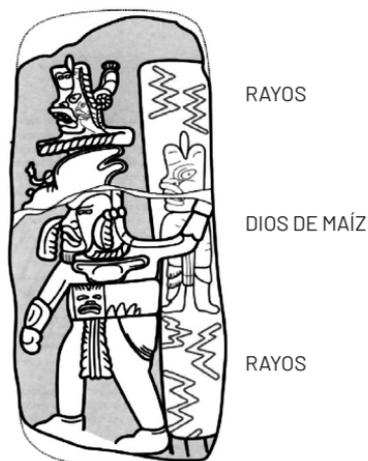


Figura 18. Monumento 3 de Ojo de Agua. Dibujo de Albert Davletshin y Philipp Galeev

barrera entre palabra e imagen parece desaparecer. Esta clase de textos jeroglíficos fueron denominados por Janet Berlo como *textos incrustados*.²⁴ Por otra parte, debido a su estructura interna, algunos sistemas escriturarios –por ejemplo, los sistemas maya, náhuatl e istmeño– pueden ser clasificados como logosilábicos, ya que cuentan con dos tipos de signos: los logogramas y los silabogramas. Visualmente, no hay manera de diferenciar un logograma de un silabograma por su apariencia.

Además, las diferentes escrituras mesoamericanas se caracterizan por la presencia de textos no lineales, es decir, de tipo no predicativos. Se trata de textos muy breves, a menudo corresponden únicamente a signos aislados que refieren un topónimo, una fecha, un antropónimo o un título que posibilita reconocer a los personajes representados. Christophe Helmke y Jesper Nielsen sugieren que tal particularidad se encuentra fundamentalmente entre los sistemas escriturarios del centro de México.²⁵ La escritura náhuatl muestra múltiples ejemplos de textos no predicativos puesto que se especializó en el registro de anotaciones calendáricas, la inscripción de nombres propios (antropónimos, teónimos y topónimos) y en el recuento de objetos (véase figura 19).

En el caso de las escrituras istmeña y maya también encontramos oraciones completas; es decir, textos de carácter lineal integrados por verbos que refieren una acción, además del sujeto que realiza la misma y diversos complementos como adverbios



Figura 19. Caja Hackman, cultura náhuatl. Dibujo de Moisés Aguirre

de tiempo y de lugar. De hecho, en los últimos años se han reconocido numerosos ejemplos de figuras retóricas en los textos jeroglíficos mayas, poniendo de manifiesto su complejidad verbal.²⁶

Naturaleza de las escrituras mesoamericanas: posturas y debate

Hasta la fecha existe un intenso debate en torno a la naturaleza de las escrituras mesoamericanas: la escritura maya es el único sistema escriturario al que de manera unánime se le reconoce pleno desarrollo. Esta situación obedece a su tardío desciframiento, de hecho, únicamente los sistemas maya y náhuatl han logrado ser descifrados. Los primeros estudios sobre ambos sistemas escriturarios se remontan al siglo XIX, época en la que dos posturas académicas enfrentadas debatieron en torno a la naturaleza de la escritura maya: por un lado, la teoría fonetista defendía la idea de un sistema de escritura con signos de tipo silábico que registraban una lengua natural y, por el otro, la teoría denominada antifonetismo o ideografismo consideraba que los signos mayas eran símbolos sin valor fonético que representaban ideas. Por aquel entonces se llevaron a cabo los primeros intentos de desciframiento, destacando algunos de Cyrus Thomas, pero la mayoría de ellos fueron infructuosos. De tal suerte, se negó que los textos jeroglíficos mayas registraran mucho más que números y fechas, aunque se aceptó que pudiera emplearse el recurso del *rebus* para registrar algunas palabras como objetos o nombres propios (topónimos, antropónimos o teónimos).

A mediados del siglo XX, todavía se consideraba que la escritura maya no era un sistema plenamente desarrollado, a diferencia de las escrituras antiguas del Viejo Mundo. En su célebre obra



sobre los sistemas de escritura, Ignace Gelb afirmaba que los signos mayas no registraron ninguna lengua.²⁷ En este contexto fue publicado el trabajo de Yuri Knórozov, quien había logrado descifrar la escritura jeroglífica maya, aunque sería hasta los años ochenta y noventa cuando se descifraría la mayoría de los signos jeroglíficos mayas.²⁸

En el siglo XIX, las teorías antifonetistas referentes a la escritura maya –con Edward Seler a la cabeza– se aplicaron a la escritura jeroglífica náhuatl. Así, a pesar de que Joseph Aubin propusiera ciertas lecturas correctas,²⁹ se consideraba que los mexicas nunca desarrollaron un sistema de escritura pleno.³⁰ Sin embargo, el desciframiento de la escritura náhuatl fue aún más tardío que el maya; será hasta principios del siglo XXI cuando el epigrafista español Alfonso Lacadena García-Gallo finalmente la descifraría.³¹

En cuanto a los sistemas mesoamericanos restantes, dado su carácter icónico, han pasado desapercibidos para los investigadores, quienes las han estimado como simples imágenes. El debate cuenta con diversas posturas, están aquellos que defienden su carácter de auténticas escrituras, frente a un sector de la academia que las considera solo semagramas, es decir, signos que no registran un idioma determinado, sino que pueden ser leídos en cualquier lengua –como ocurre en el caso de las notas musicales o del lenguaje de las matemáticas–. En cambio, otros estudiosos opinan que no estamos ante sistemas de escritura, sino frente a meras notaciones limitadas a registros calendáricos o nombres propios.

Al respecto, es necesario acotar que el hecho de que ciertas escrituras mesoamericanas no tuvieran como objetivo principal el registro de mensajes lingüísticos predicativos, no implica que no sean escritura, es decir, el registro gráfico de la lengua. En este sentido, es necesario subrayar la asociación que existió entre las escrituras mesoamericanas y la oralidad. La oralidad no debe ser entendida como aquello proferido por la boca, sino como un medio de registro basado en la enunciación formalizada de manera específica –especialmente utilizado por las sociedades ágrafas para la conservación de información–.³² Aunque a menudo oralidad y escritura son entendidos como opuestos, lo cierto es que se trata de dos fenómenos estrechamente relacionados y no mutuamente excluyentes,³³ que pueden coexistir en el seno de sociedades letradas –tal fue el caso de los grupos mesoamericanos–. Diversos investigadores han propuesto la presencia de rasgos de oralidad



en los textos jeroglíficos.³⁴ Muy probablemente, algunos funcionaban como elementos mnemotécnicos que permitían recordar los discursos conservados también a través de la tradición oral. Así, la escritura, la oralidad y las imágenes figurativas eran tres medios interrelacionados y empleados por los antiguos pueblos mesoamericanos como métodos de conservación del conocimiento.

Escrituras del occidente mesoamericano

La escritura zapoteca

La escritura zapoteca es uno de los sistemas de escritura más antiguos de Mesoamérica. Se originó en los valles centrales de Oaxaca hacia el año 300 a. C., se expandió por la costa del Pacífico de los actuales estados de Oaxaca y Guerrero, por la Mixteca Alta y por la sierra norte de Oaxaca, y estuvo en uso cerca de un siglo, pues comenzó a decaer hacia el año 800 de nuestra era.³⁵

Hasta el momento se han identificado más de 100 signos que componen el sistema de escritura zapoteco, los cuales han permitido corroborar la idea de que se trata de un sistema de tipo logosilábico que registró la lengua zapoteca. No obstante que no ha podido ser descifrada, se sabe que sus signos jeroglíficos parecen referir principalmente a antropónimos, topónimos y fechas calendáricas. Éstos se disponían en columnas simples que, por lo general, se leen de arriba abajo, aunque existen ejemplos en los que la lectura se hace de abajo a arriba o, incluso, de manera horizontal.³⁶

El Monumento 3 de San José Mogote es el texto zapoteco más temprano descubierto hasta el momento. Otras inscripciones destacadas son las estelas de Monte Albán, como la Estela 1, donde se representó un personaje de perfil sentado en un trono y, a la derecha, un texto compuesto por dos columnas de signos jeroglíficos (véase figura 20). Asimismo, los denominados “danzantes” son representaciones de víctimas de sacrificios, algunas de las cuales parecen estar identificadas por signos jeroglíficos contiguos.³⁷

La escritura teotihuacana

La escritura teotihuacana es otro de los sistemas mesoamericanos todavía por descifrar, debido en gran parte a que no se conoce la lengua que registran sus grafemas. Algunos autores han apuntado que probablemente derivó de la escritura zapoteca.³⁸



Figura 20. Estela 1 de Monte Albán, cultura zapoteca. Fotografía de Diego Ruiz Pérez

Además del centro de México, también se pueden hallar ejemplos de escritura teotihuacana en regiones tan alejadas como Oaxaca, Guerrero e, incluso, en el Petén guatemalteco.

Al igual que en muchas otras escrituras mesoamericanas, los jeroglifos teotihuacanos fungieron como etiquetas para registrar antropónimos o teónimos en diversos soportes como murales y objetos de cerámica. Hasta el momento se han identificado alrededor de 200 signos jeroglíficos distintos. Los ejemplos más estudiados de la escritura teotihuacana han sido, principalmente, topónimos. Muchos de ellos refieren a montañas relacionadas tanto con lugares mitológicos como del mundo terrenal.³⁹ Uno de estos ejemplos es la “montaña de Búho Lanzadardos”, representada en pintura mural en Atetelco; en él se aprecia –cubierta con vegetación– la forma característica de montaña de las escrituras epiclásicas; en su interior se percibe un búho mirando de frente, y bajo su cabeza un elemento vertical que se curva ligeramente –muy similar a los propulsores empleados por los teotihuacanos en la guerra.⁴⁰

El sistema de escritura teotihuacano podría ser el antecesor de otras escrituras que surgieron en el epiclásico, como la de Caaxtla o la de Xochicalco,⁴¹ incluso de la escritura náhuatl.⁴²



La escritura de Cacaxtla

La escritura de Cacaxtla es una de las llamadas escrituras epiclásicas –que posiblemente se originaron a partir de la escritura de Teotihuacan– y cuenta con algo menos de 150 caracteres, entre los que se han identificado signos calendáricos, antropónimos, títulos y topónimos. Se trata de una escritura que aún no se ha podido descifrar, en parte por no conocerse la lengua que registra; no obstante, se ha sugerido que dicha lengua podría ser el ñañu, el tlawika o el chinanteko –todas ellas lenguas otomangues–, el tepewa –un idioma totonaco– o, incluso, el náhuatl.⁴³

Uno de los textos jeroglíficos más destacados se encuentra en el Templo Rojo de Cacaxtla. El escalón policromo de su interior presenta restos de varios cautivos pintados en la superficie de la huella, mientras la contrahuella muestra vestigios de al menos seis grafemas dispuestos horizontalmente –uno de ellos hoy perdido–. Según la propuesta de Helmke y Nielsen, dichos signos registran dos cláusulas que parecen corresponder al nombre, título y procedencia de algunos de los personajes representados como prisioneros, además de referir a su captura –de manera análoga a ciertas escaleras jeroglíficas mayas–.⁴⁴ De ser así, estaríamos ante un texto de tipo lineal que contiene varios de los elementos de una oración, al igual que en las escrituras del sureste mesoamericano.

Otros ejemplos los encontramos en la pintura mural de la Estructura B de Cacaxtla, donde se plasmaron signos jeroglíficos que parecen aludir a antropónimos y títulos. Entre ellos sobresale el grafema “corazón sangrante”, que podría aludir al título de los personajes representados ataviados como animales.⁴⁵

La escritura náhuatl

Otro de los sistemas de escritura del centro de México que parece derivar de la teotihuacana es el náhuatl (véase figura 21). Esta escritura de tipo logosilábico fue descifrada recientemente por Alfonso Lacadena, quien retomó las primeras lecturas propuestas por Joseph Aubin en el siglo XIX.⁴⁶ En los códices se hallan con bastante frecuencia ejemplos de logogramas y sílabas, así como de la complementación fonética que hacen estas últimas sobre los primeros. Uno de ellos es una cabeza femenina que se lee **SIWA**, *cihuā-tl*, ‘mujer’, la cual puede escribirse sola o acompañada del silabograma **wa**, representado mediante dos líneas verticales negras paralelas, que funge como complemento fonético final (véase figura 22).⁴⁷



Figura 21. Relieve de Chapultepec, cultura náhuatl. Dibujo de Moisés Aguirre



Figura 22. Signos jeroglíficos SIWA, cultura náhuatl. Dibujos de Rebeca Bautista

Escrituras del oriente mesoamericano

La escritura istmeña o epiolmeca

La escritura istmeña, también conocida como epiolmeca, se desarrolló a partir de la escritura olmeca. Su nombre procede de la región que ocupaba esta cultura: el Istmo de Tehuantepec.⁴⁸ Se desconoce la lengua que registraba –probablemente alguna de la familia mixe-zoque–, por lo que, unido al escaso corpus de inscripciones, aún permanece indescifrada.⁴⁹ Sin embargo, la comparación de alguno de sus signos con los de la escritura jeroglífica maya ha permitido conocer que fue adoptado por los mayas, quienes la ajustaron a su lengua, creando la escritura maya.

Un ejemplo de la escritura epiolmeca se observa en la Estela 1 de La Mojarra. Se trata de un monumento que presenta un gobernante de pie con un fastuoso tocado y, a la derecha, el texto más extenso que se ha descubierto del período Preclásico, compuesto por 450 cartuchos jeroglíficos. Asimismo, la Estela C de Tres



Zapotes contiene la fecha registrada más temprana de América: 7.16.6.16.18, que corresponde al 3 de septiembre del 32 a. C.⁵⁰

La escritura maya

De todos los sistemas de escritura mesoamericanos, la escritura maya fue la que alcanzó un mayor grado de desarrollo. Se originó hacia el año 400 a. C. a partir de la adopción y adaptación de la escritura istmeña y su uso se prolongó, probablemente, hasta el siglo XVII. El idioma registrado se conoce como cholano clásico, también denominado maya jeroglífico, una lengua de prestigio hablada en toda el área maya,⁵¹ aunque hay evidencia de la influencia de otras lenguas –el tzeltalano en algunos textos de Toniná, el yucateco en varios sitios del norte de Yucatán e, incluso, lenguas de las Tierras Altas (véase figura 23).⁵²

La escritura jeroglífica maya fue descifrada en 1952 por el lingüista soviético Yuri Knórozov.⁵³ Se trata de un sistema logosilábico compuesto de unos 800 caracteres diferentes, de los cuales fueron utilizados simultáneamente alrededor de 400. Los grafemas mayas se disponen en un espacio cuadrangular denominado bloque jeroglífico – en su interior puede haber uno o varios signos-. Estos bloques forman columnas que, por lo general, se leen de izquierda a derecha y de arriba abajo en pares de columnas. No obstante, en ocasiones, se pueden leer de derecha a izquierda, también en columnas simples o, incluso, en una hilera horizontal. Además, los bloques jeroglíficos pueden aparecer aislados, refiriendo a una fecha, un antropónimo o un teónimo, sin necesidad de conformar un texto complejo.

La temática de los textos de la escritura maya es muy variada, es posible encontrar textos de carácter mítico-histórico, de acontecimientos bélicos, rituales, astronómicos, adivinatorios y proféticos, entre otros.

Materiales y técnicas de la escritura en Mesoamérica

A lo largo de la historia de la humanidad, los materiales usados para registrar la escritura han sido muy variados. Desde piedras de toda clase –mármol, basalto, caliza-, con multitud de formas –estelas, dinteles, lápidas, obeliscos, estatuas– y técnicas de preparación –por ejemplo, el barro cocido: cráteras, ánforas, tablillas,



vasijas-, hasta el uso de láminas de metal, como oro y plata. Algunos de estos soportes fueron fabricados específicamente para el registro escrito con base en las materias primas que el entorno natural ofrecía.

El caso de Mesoamérica no fue diferente al del resto del mundo, pues se utilizaron un sinnúmero de materiales para la elaboración de soportes escriturarios, cada uno de los cuales tenía asociada una técnica diferente. Así, entre las principales materias escriturarias sustentantes se pueden distinguir la piedra, la cerámica, el papel, la piel, el estuco y el jade.

La piedra

La mayoría de los escritos mesoamericanos que han llegado hasta nuestros días fueron registrados en piedra. Ello se debe a su considerable durabilidad en comparación con otros materiales. La piedra fue tallada usando tanto la técnica del bajorrelieve como la del altorrelieve mediante herramientas como cinceles de piedra y mazos de madera, pues el metal se utilizó en Mesoamérica hasta una época tardía.

Las múltiples formas que las diferentes culturas mesoamericanas dieron a la piedra crearon numerosos soportes, tales como estelas, altares, paneles, dinteles, esculturas o escaleras, entre otros. En todos ellos se pueden hallar ejemplos de escritura.

El tipo de piedra utilizado variaba dependiendo de las características geológicas de cada región. En el área maya, por ejemplo, se empleó principalmente la caliza, aunque también se recurrió a la arenisca, el basalto y la toba volcánica, entre otros.⁵⁴ Estos materiales se aprecian en ejemplos como el Tablero de los 96 Glifos de Palenque, un panel de piedra caliza de una calidad excelsa sobre el que fue grabada una larga inscripción o el Monumento 171 de Toniná, manufacturado en arenisca gris y donde se registró a nivel verbal y visual una ceremonia de juego de pelota entre dos gobernantes del reino Po⁷ (véase figura 23). Por otro lado, las cabezas colosales olmecas, en las que se observan signos jeroglíficos con el nombre de cada personaje en el tocado, fueron elaboradas con basalto.⁵⁵

En el centro de México, por tratarse de una zona volcánica, se emplearon rocas ígneas, como el basalto o la andesita. Tal es el caso de la denominada Piedra del Sol, un enorme monolito circular fabricado con basalto sobre el que se tallaron jeroglifos del ca-



Figura 23. Monumento 171 de Toniná, Chiapas. Fotografía de Diego Ruiz Pérez



Figura 24. Piedra del Sol, cultura náhuatl. Dibujo de Moisés Aguirre



Figura 25. Piedra de Tizoc, cultura náhuatl. Fotografía de Diego Ruiz Pérez



lendaria mexicana (véase figura 24), o la Piedra de Tízoc, un monumento cilíndrico hecho de andesita, en cuyo lateral se muestran diferentes *tlatoanis* o gobernantes en actitud beligerante junto a signos jeroglíficos que corresponden a antropónimos y topónimos (véase figura 25).

La cerámica

Aunque el uso de objetos de cerámica fue muy común en Mesoamérica, solo eran ornamentadas con escritura e imágenes aquellas piezas destinadas a las clases altas de la sociedad. Este tipo de objetos ha sido hallado, como norma general, en tumbas de miembros de la élite.

Los objetos de cerámica se producían mediante diferentes técnicas. Algunas de las principales fueron: modelar la arcilla, cubrirla de engobe, pintarla y cocerla,⁵⁶ dar forma al barro, ornamentarlo mediante incisión y cocerlo o moldear el objeto, cocerlo, cubrirlo de una capa de estuco y pintarlo, entre otros métodos.⁵⁷ Los implementos para manufacturar los objetos de cerámica fueron muy variados, desde pinceles, agujas y cañutos de plumas hasta tinteros y tintas de diferentes colores.⁵⁸ Todos estos procesos de fabricación dieron lugar a un sinnúmero de formas como vasos, vasijas, trípodes, cuencos, platos y figurillas, entre otros.

La cultura maya destacó por encima del resto de civilizaciones mesoamericanas a la hora de registrar textos en cerámica. Entre los muchos ejemplos se pueden apreciar vasijas cuyas superficies fueron cubiertas en su totalidad por textos jeroglíficos, pero también otras donde la escritura acompaña escenas figurativas. Un claro ejemplo de ello es el Vaso Princeton, sobre cuya superficie se identifica una escena que se desarrolla en la corte del Dios L, acompañada de varios textos jeroglíficos (véase figura 26).

Además de la maya, otras culturas mesoamericanas también registraron escritura en objetos de barro. Tal es el caso de la cerámica teotihuacana, la ñuñe, la de Río Blanco, Veracruz, que muestra iconografía junto a signos jeroglíficos,⁵⁹ o de las vasijas del tipo Valenzuela Pulido de El Tajín.⁶⁰

El papel y la piel

A partir de “papel”⁶¹ confeccionado con plantas endémicas –como el amate y el magüey– y de pieles de animales, algunas culturas de Mesoamérica elaboraron códices de diversas temáticas –adivina-



Figura 26. Vaso Princeton, cultura maya. Fotografía de Diego Ruiz Pérez

torios, genealogías, matrículas de tributos, astronómicos, entre otros– en los que registraron su escritura.

El papel de amate fue el material empleado con mayor frecuencia a la hora de fabricar libros entre las diferentes civilizaciones mesoamericanas. Se obtenía a partir de las fibras de la corteza interna de árboles del género *Ficus*, que se mezclaban con almidón y se aplastaban con machacadores de piedra para conseguir grandes láminas de papel que se secaban al sol.⁶² En el área maya, estas láminas se doblaban en formato biombo o acordeón, se cubrían con una fina capa de estuco blanco y, finalmente, se pintaban textos e imágenes utilizando pinceles. De la civilización maya prehispánica tan solo se han conservado cuatro códices: el *Códice Maya de México*, el *Códice de Dresde*, el *Códice de París* y el *Códice de Madrid*. Asimismo, en otras regiones, como el centro de México, los pliegos de papel de amate no se estucaban, escribían y pintaban directamente sobre ellos; por ejemplo, el *Códice Borbónico* y el *Códice Tonalámatl de Aubin*, manuscritos mexicanos.

Aunque en menor medida, también se elaboraron códices compuestos de fibras de papel de maguey sobre los que se pintaba directamente. Hasta la fecha solo se han identificado siete códices fabricados con agave, como el *Códice Chavero* de Huexotzingo, Puebla, un manuscrito que contiene una genealogía donde aparecen antropónimos y numerales.⁶³



Figura 27. Muro estucado del Edificio 21 de Yaxchilán, Chiapas, cultura maya.
Fotografía de Pedro Marañón

Otro de los materiales con el que se confeccionaron códices mesoamericanos fue la piel de animales. Este tipo de material fue empleado con asiduidad en el centro de México, como se observa en los códices del grupo Borgia y en los códices mixtecos. La piel se limpiaba y se curtía, se cubría posteriormente de un enlucido blanco sobre el que se escribía. Por lo general, la piel era de venado, aunque los análisis realizados al *Códice Laud* determinaron que fue fabricado con piel de venado y piel de jaguar.

El estuco

En Mesoamérica fue muy habitual la pintura mural, tanto en muros internos como externos de diferentes estructuras. Esta pintura se ejecutaba sobre el estuco que revestía los paramentos de las edificaciones. En ellos, además de escenas, se registró escritura mediante el uso de pinceles y diversos pigmentos (véase figura 27).

Los ejemplos de escritura en pintura mural son muy numerosos y se pueden hallar por toda Mesoamérica. El área maya es la zona donde más abundan este tipo de representaciones –se pueden encontrar en sitios como San Bartolo, La Sufricaya, Bonampak, Calakmul o Ek' Balam, entre otros–. El Mural de los 96 glifos de la Acrópolis de Ek' Balam, Yucatán, es uno de los mejores ejemplos de escritura jeroglífica maya en pintura mural. Se encuentra en el muro interno del Cuarto 29-sub y consiste en un largo texto calendárico compuesto, como su propio nombre indica, por 96 bloques glíficos.



Figura 28. Placa de Leiden, cultura maya. Fotografía de Diego Ruiz Pérez

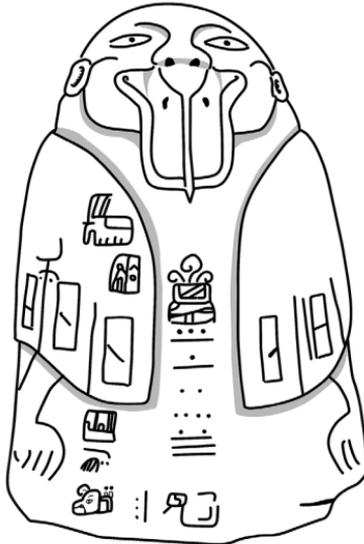


Figura 29. Estatuilla de Tuxtla, cultura istmeña. Dibujo de Rebeca Bautista



También se han encontrado registros de escritura en pintura mural en lugares como Teotihuacan –Conjunto del Sol, Atetelco, Tetitla y Tepantitla–, Cacaxtla –Subestructura del Edificio B y Templo Rojo–, Monte Albán –tumbas 7, 72, 105 y 112– y Mitla –Grupo de la Iglesia.

El jade

El término jade refiere a las piedras verdes en general –jadeíta, nefrita, crisoprasa, cuarzo verde, entre otros–, puesto que en la naturaleza no existe como tal. El jade fue uno de los materiales suntuosos más importantes en Mesoamérica. Diversas culturas mesoamericanas emplearon minerales de tonalidad verde para registrar sus escrituras –principalmente la maya–. Los implementos usados para su manufactura fueron lajas de piedra caliza, navajas de obsidiana y cuarzo, y perforadores de pedernal.⁶⁴

Generalmente, los mayas grabaron textos jeroglíficos en hachuelas y en complementos de joyería –como pectorales y orejeras–. Una de las piezas más sobresalientes fabricadas en jadeíta es la Placa Leiden, una hachuela tallada por ambas caras, en una de las cuales se observa un personaje de pie, mientras que en la otra se lee un texto dispuesto en una columna simple (véase figura 28).

Otro artefacto de piedra verde donde se registró escritura es la llamada Estatuilla de Tuxtla (véase figura 29). Se trata de una figura antropomorfa con pico de pato, tallada en nefrita, en cuyo cuerpo se grabó una inscripción en escritura istmeña y una fecha en cuenta larga del Preclásico Tardío (400 a. C.-250 d. C.).

Otros materiales

Además de los descritos anteriormente, las escrituras mesoamericanas también se plasmaron en otros materiales menos comunes, como la madera, el hueso, el oro o el alabastro (véase figura 30). Muchos de los objetos fabricados con madera no han llegado a nuestros días, puesto que se trata de un material perecedero. Los magníficos dinteles mayas del Templo I de Tikal son prueba del registro de textos en madera, en este caso de chicozapote.

Por su parte, el hueso de animales y de humanos fue empleado por diferentes culturas mesoamericanas –como la ñuiñe, la mexica, la mixteca o la maya– para tallar imágenes y signos jeroglíficos. Algunos de los ejemplos más bellos de huesos tallados se hallaron en el Entierro 116 de la ciudad maya de Tikal, entre



Figura 30. Vasija de alabastro, cultura maya. Colección del Museo Popol Vuh, Universidad Francisco Marroquín. Dibujo de Camilo Alejandro Luin



Figura 31. Pectoral de los años, cultura mixteca. Fotografía de Diego Ruiz Pérez

ellos destaca un objeto esculpido con referencias a su dueño y con una escena del mito de la muerte del dios del maíz, donde aparece siendo transportado en una canoa junto a una serie de animales que acompañan al difunto.

Un material poco común, pero que también sirvió de soporte para registrar escritura fue el oro, apenas utilizado por las civilizaciones mesoamericanas prehispánicas. Fue hasta una época tardía, a partir del periodo Posclásico Temprano, cuando algunas culturas comenzaron a usarlo. Los orfebres mesoamericanos por



excelencia fueron los mixtecos. Prueba de ello es la Tumba 7 de Monte Albán, Oaxaca, donde se halló un rico ajuar del que destaca el conocido como Pectoral de los Años –una ostentosa pieza de oro compuesta por un tocado, una máscara y un pectoral–. En este último se registraron, mediante hilos de oro, dos fechas en dos sistemas calendáricos diferentes: en el lado izquierdo el día 2 Pedernal 10 Viento del calendario zapoteco y en el derecho el día 11 Casa del calendario mixteco (véase figura 31).

La “alfabetización” en Mesoamérica

Aunque quizá no sea adecuado utilizar el término “alfabetización” para el ámbito mesoamericano, ya que las escrituras de la región fueron de tipo logosilábico, lo retomaremos para referirnos a la cuestión de quién era capaz de leer y escribir en Mesoamérica.

En primer lugar, necesitamos advertir que en el caso de los jeroglifos mesoamericanos –a diferencia de otros sistemas escriturarios, como los alfabetos actuales, donde un letrado es capaz de entender y reproducir la escritura– se trata de capacidades muy diferenciadas a las que no todos los individuos tuvieron acceso. Para los antiguos mayas, la escritura fue considerada sagrada, un conocimiento de origen divino inventado por el dios Itzam Kokaaj.⁶⁵ De hecho, en las vasijas mayas del periodo Clásico (250-950) es habitual encontrar representaciones de seres sobrenaturales, como el dios del maíz Ju²n Ixiim, realizando tareas de escribas.

Además de ser un regalo de las deidades, la escritura también fue considerada un instrumento de poder, por lo que solo un sector muy reducido de la población tuvo el privilegio de ser instruido en los conocimientos escriturarios. Si bien la mayoría de los miembros de la corte fue capaz de reconocer los signos jeroglíficos, solo algunos nobles tuvieron la capacidad de leer y comprender las inscripciones; pero la habilidad de leer y escribir tuvo en manos de unos pocos: los escribas.⁶⁶

En el corpus epigráfico maya ha sido reconocido el término para escriba: *ajtz'ihb'*. Cabe destacar que el vocablo *tz'ihb'* significa ‘escritura’, así como ‘pintura’. Además del título *ajtz'ihb'* es muy probable que otros, tales como *maatx*, ‘persona instruida’, *miyaatz*, ‘erudito’ e *itz'aat* ~ *itz'at*, ‘sabio’, fueran títulos honoríficos



ostentados por aquellos individuos capaces de leer y escribir.⁶⁷ La presencia de un número, aunque limitado, de firmas de artistas en ciertos monumentos y objetos del periodo Clásico Tardío ha permitido corroborar que muchos de los escribas mayas formaban parte de la élite social, algunos incluso tenían el rango de *ajaw*, 'señor'.⁶⁸

Por lo tanto, existieron distintos grados de alfabetismo: la capacidad de producir textos jeroglíficos sería prerrogativa exclusiva de la élite, mientras que la posibilidad de entender o identificar algunos signos determinados estuvo más extendida. Sin embargo, dado el elevado carácter pictográfico de la escritura maya, como afirma Nikolai Grube, es muy probable que la población iletrada pudiera identificar ciertos logogramas, como las cabezas que representan nombres de dioses o de animales.⁶⁹ En este sentido, es importante destacar que en diversos monumentos públicos los antropónimos, teónimos y topónimos fueron escritos a través de logogramas, posiblemente con el objetivo de que las breves glosas inscritas fueran identificadas por el mayor número posible de individuos.

Con base en fuentes etnohistóricas, diversos investigadores han sugerido que los textos jeroglíficos de carácter público eran recitados o incluso representados, en especial aquellos de gran importancia religiosa o política.⁷⁰ Como sugiere Stephen D. Houston, la lectura pública de los textos jeroglíficos no solo sería parte de los rituales asociados con las estelas, sino una forma de dar a conocer su contenido a una audiencia más amplia e iletrada.

Es menester recordar que, para los antiguos mayas, a pesar de contar con una escritura de carácter lineal –compuesta por oraciones completas–, la oralidad también jugó un papel fundamental. Es más, diversos cronistas españoles detallan el performance social de lectura en voz alta y recitación conjuntas y públicas de los códices prehispánicos.⁷¹ En este sentido, es necesario traer a colación el título *k'ayo'm*, 'cantor, anunciador' registrado en los textos mayas del periodo Clásico, que pudo ser ostentado por aquellos cortesanos que recitaban los textos jeroglíficos ante el público. Así, a pesar del limitado porcentaje de la población maya que estaba instruida en la escritura, el contenido de los textos jeroglíficos podría haber sido difundido a través de la recitación pública.



Como hemos visto en este capítulo, el origen de la escritura en Mesoamérica se encuentra en la cultura olmeca, en algún momento del primer milenio antes de Cristo. Este sistema se difundió por la región del golfo de México y fue adoptado por otras culturas mesoamericanas hasta concebirse cerca de una veintena de sistemas de escritura diferentes, todos ellos de tipo jeroglífico, en otras palabras, con signos icónicos. Estos sistemas de escritura pueden dividirse en dos clases: escrituras no lineales, es decir, aquellas especializadas en escribir nombres y no oraciones completas –como es el caso de las zapoteca, teotihuacana y náhuatl– y escrituras lineales, cuyos textos presentan oraciones completas que incluyen sujeto, verbo y predicado, como las escrituras istmeña y maya.

La escritura de las diferentes culturas mesoamericanas fue registrada en soportes de distinta índole como piedra, cerámica, papel, piel, estuco, jade, madera, concha y hueso, entre otros. Cada uno de estos soportes requirió una técnica de trabajo específica para poder plasmar la escritura.

La escritura fungió como un instrumento de poder, por lo que su conocimiento estuvo restringido a las clases altas, aunque el dominio completo de la misma quedó en manos exclusivas de los escribas. El grueso de la población era iletrado, pero seguramente podía identificar algunos signos y reconocer el nombre de los soberanos.